

Dirección:
Caballeros, 13

Colaboradores
los que solicite el director

Plumas Noveles

SUSCRIPCIÓN
Un mes. . . . 0,25 pts.

Relación y Admón.
San Gil, 1

DE TODO UN POCO

Hele aquí que en estos momentos mi pluma se entorpece y no puede seguir adelante por miedo a que «literatos afamados» se salgan por la tangente y me pongan de chupa y dómine, sin hacerse cargo de que soy «novele»—no precisamente en escribir, porque desde chiquitín tuve el buen acierto de aprender, sino en las lides periodísticas; y qué fino soy. ¿Verdad?—Pero como mi obligación es mi obligación y disertar sería un caso inícuo, tomo la pluma, y quieras que no, endilgo estas líneas, sabiendo a ciencia cierta que van a ser criticadas; y es lo que digo yo: si por miedo a que nos critiquen unos cuantos genios periodísticos, no se va a poder decir nada, habrá que decirles como Don Juan Tenorio a las estatuas:

«No, no me causan pavor...»

y así podremos escribir libremente nuestros pensamientos y nuestras ideas.

Y puesto que de todo hemos de hablar, ahora toca elogiarme a mí mismo, porque está visto que si yo no lo hago, no lo va a hacer nadie: yo soy un chico muy listo, y en cuanto a escribir, no le tengo que envidiar ni a Zozaya, Répide, Olmet, Carrere, Zamacois, Barcia, Zulueta e Hidalguis, porque todos estos genios, comparados conmigo, están a la altura de una zapatilla rusa; y para qué voy a seguir por el camino trazado, si en Cuenca está la cultura «amodorrada», y conste que esto no es mío, sino del coloso escritor Hidalguis; y puesto que anteriormente he dejado traslucir, por lo meaos, que la pluma tiembla al escribir este artículo, no quiero continuar, no sea cosa que tenga que dejar de cumplir mi obligación.

PRESUMIDO.

PARA VOSOTROS

Queremos justicia

¿No se incomodarán ustedes porque una mujer les haga unas reflexiones? ¿Escucharán mis palabras sin ninguna clase de

prejuicio? Pues confiada en la seriedad y recto juicio de que ustedes, los hombres, alardean, me voy a permitir poner cátedra de feminismo, no para satisfacer propios intereses, sino para colocar la verdad en su punto, que es el mejor medio de convencer.

Al emprender el trabajo me asalta el temor de que mi nombre sea descubierto y pregonado, por lo que mi pluma se detiene repetidas veces vacilante, como si ya sintiese en turno suyo zumbar toda esa serie de epítetos que saben ustedes propinarnos cuando alguna vez se nos ocurre pensar abiertamente: *la romántica, la sabihonda, la literata, la ilusa...*

¡Pero no es esto lo peor; lo más grande, lo más incomprensible, lo más ilógico, es que nuestro silencio se interprete como indicio de incompetencia, de inferioridad, de ciega sumisión! Esto, señores, sería la lógica del negro que sospechase que los infelices esclavos al saludarle con una sonrisa, le obsequiaban sinceramente como este símbolo de gratitud. ¿Admitirían hipótesis tan irracional? ¿No sería más humano creer que tales muestras de agradecimiento eran la mascarilla de un odio profundo, el disimulo obligado de un nuevo temor, el deseo de agradar a quien nos ofende, para moverle a compasión? Pues aquí nos teneis a nosotras resignadas, estólicas, pero no dormidas ni subyugadas hasta el punto de renunciar el derecho de pensar, que es el más libre de cuantos concedió al hombre el Creador.

Reconocemos nuestra inferioridad física; admitimos nuestra vida laboriosa del hogar; acatamos los imperiosos mandatos de nuestro sexo, ¡ah! pero de esto a renunciar nuestra personalidad intelectual, a enterrar nuestras ideas felices, a tronchar nuestros sueños artísticos, va tanto como de la resignación a la vileza, de lo fatal a lo deseado.

¿Por qué, entonces, esa tan decantada inferioridad? ¿Por qué fuimos para los hebreos un artículo de comercio; para los egipcios un objeto de placer, para los griegos, pitonisas; para los romanos, concubinas? En cambio, fuimos para el Cristianismo mártires; para el amor, lazos; para la ambición, frenos; para la patria, heroínas; para la paz, plegarias.

¿Podemos, por consiguiente, codearnos con los hombres en el mundo moral, en el mundo de las virtudes? Si esto es innegable, claro, diáfano, como las verdades más puras; dejados pensar con libertad y sin trabas y veréis lo que las mujeres pueden aportar a ese gran mundo de las ideas.

P. PITA.

Cuenca 3-8-917.

ECOS NACIONALES

LOS ENGAÑADOS

Rápida

Es el bellísimo amanecer de un día. Ora el sol que, con sus poderosos rayos, disipa la niebla y aparece; ora las aguas que, tibias y corrientes, se agolpan a la costa para retroceder después y discurrir lenta y tranquilamente por el Atlántico; ya las alegres golondrinas que, arrulladas por una suave brisa, revolotean dichosas por el espacio; todo, en fin, hacia presagiar un día encantador en el puerto.

La muchedumbre se agita, iba y venía cual numeroso hormiguero, y todos se afanaban en preparar sus equipajes para que estuvieran listos a la salida del atlántico.

Y entre toda aquella apresurada gente, destacábase la figura de un joven apuesto que, con su maletín de viaje, se disponía también a cruzar la inmensa superficie del mar.

Era éste un joven como de unos veintiseis años, de fines ademanes y marcadas en su rostro las características de un espíritu captiloso y depauperado, pero emprendedor y aventurero.

Caminaba, como muchos, hacia tierras americanas, hacia esas tierras donde todo es riqueza—¡qué error!—, hacia esas tierras donde se vive muy bien y se gana fabulosamente el dinero—cuán erróneamente viven los que así creen—; en una palabra: caminaba nuestro joven impulsado, y tal vez engañado, por la gran corriente emigratoria que, alumcinada por el dinero, marchaba veloz e impetuosa a poner sus energías o su inteligencia en poder de algún acaudalado americano.

Ya el sol rompió y disipó la neblinesca masa que parecía querer oponerse a su salida, y lo vimos, altivo y majestoso, presidiendo en toda la belleza que Natura ha puesto por esas costas.

Tras de los avisos y señales de ritual, partió la gran mole de acero en vertiginosa carrera por el anchuroso Océano, conduciendo a más de doscientos ilusos que, sin reparar en el agravio que le hacían a su Patria, marchaban en pos de halagüeñas y rosadas esperanzas.

Todo les sonrió a estos emigrados antes y durante el viaje; pero luego, al hallarse en uno de esos grandes centros de América, en una de esas populosas urbes, es cuando comprenden y se evidencian de que no es la Jauja que les contaron, ni